



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.  
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón  
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón  
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach  
 Subdirector: Angel Gorri. Redactor Jefe: Santiago Mendive. Opinión: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla.

Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino  
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.  
 Imprime: Impresa Norte S. L.  
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por Pilar de la Vega

# Todos y nadie

El conocimiento de la historia tiene que unirse a la memoria de las vivencias de nuestro pasado reciente. Es la manera de formar a ciudadanos conscientes. El profesor Santos Juliá nos ha dejado un legado que aúna el saber con la defensa de la democracia

Estamos asistiendo a un nuevo conflicto con la memoria, que, una vez más, suele ignorar la historia cuando conviene. En los últimos días han coincidido dos hechos, la muerte del profesor Santos Juliá y la exhumación de Francisco Franco del Valle de los Caídos, que me han llevado a recordar mi último viaje como profesora de Historia al campo de concentración de Gurs, situado en las tierras francesas del Bearn y cercano a la frontera pirenaica aragonesa. Así empezaba uno de los textos que escribí uno de los 36 alumnos que realizaron la visita: «A veces los recuerdos te hacen sufrir pero creo que la historia es mejor conocerla, por muy dura que sea. No podrán muchas horas de estudio retener tanto como la impresión de un viaje como este». Creemos lo que ya hace un tiempo escribió Benjamin Franklin, y que curiosamente un alumno en la valoración del viaje nos recordó: «Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo». Por ello organizamos el viaje, en colaboración con la asociación 'Terres de Mémoires et de Luttes'. Era de los primeros viajes que realizaron alumnos de bachillerato a dicho campo. Hoy son muchos los aragoneses que lo conocen gracias al documental 'Gurs, historia y memoria'.

Fue un placer oír recientemente cómo, en su discurso de investidura como doctor Honoris Causa por la Universidad San Jorge, el profesor Guillermo Fatás señalaba la importancia de los historiadores para difundir la verdad y ayudar a corregir visiones erróneas de ella. Tanto el profesor Fatás como el profesor Santos han convertido los periódicos en su segundo hogar y ambos tienen la habilidad de encontrar la manera de entrar en la actualidad con toda la carga del pasado. Sus libros han sido un referente para los profesores que hemos enseñado historia contemporánea. Imposible olvidar cómo nos contagio su fascinación por Manuel Azaña. Quizá porque ambos defendían la democracia como principio de la legitimidad política en el mundo moderno; una democracia asentada no en el carisma popular, sino en un sistema de normas e instituciones, de libertades y derechos, de equilibrios y controles entre poderes.

En su libro sobre la Transición recuerdo como el profesor Juliá



KRISIS'19

señalaba la importancia del Congreso que sale de las primeras elecciones, en el que se encuentran gentes que venían de la Administración del Estado y del PCE. Fraga le veía la cara a Pasionaria. En aquel semicírculo se sentaba gente que se había matado. Y se preguntaba: «¿Qué pueden hacer 350 personas que vienen unos de la oposición y otros del régimen, que son tradiciones excluyentes? Pues tras debatir, ponerse de acuerdo». La siempre recordada Hannah Arendt definía el debate como la esencia misma de la vida política. Cuando existe este, hay discrepancia y el pluralismo implica que existan ambos.

Nosotros en nuestras clases deseábamos que nuestros alumnos no solo conocieran sino que fueran capaces de comprender. Un método que utilizábamos era hacer que ellos preguntaran a los propios protagonistas de la historia, en algunos casos a sus abuelos, en otros a sus padres. Hoy

**«Escribió Juliá que la responsabilidad de los sujetos individuales “no puede diluirse en la cuenta de las culpas colectivas, que son de todos y de nadie»**

también les pediría que fueran a ver la película 'Mientras dure la guerra'. Retrato doloroso de una parte de nuestra historia a través de los ojos y las vivencias de Miguel de Unamuno. Preguntas sin respuesta; sufrimiento que produce la crueldad de una guerra, tanto en las personas como en los afectos. Creo que les ayudaría a extraer una lección fundamental: no se puede justificar la violencia, la imposición o la guerra, ni la dictadura de cualquier signo; y que el progreso moral de la humanidad se mide por la conciencia de responsabilidad que tiene la generación presente con el pasado. La responsabilidad de los sujetos individuales «no puede diluirse en la cuenta de las culpas colectivas, que son de todos y, por eso, no son de nadie». Lo escribió Santos Juliá a propósito de la guerra, pero son palabras que sirven para cualquier circunstancia, para estas mismas de ahora. No podemos permitir que tanto terror y tanta violencia nos hagan perder la compasión, la memoria o la justicia. No podemos correr el riesgo de olvidar y tal olvido, aparte de los propios contenidos que puedan perderse, nos está privando de una dimensión: la de la profundidad en la existencia humana. Difícilmente logrará el hombre su profundidad si no es a través del recuerdo.

EN NOMBRE PROPIO

José María Serrano Sanz

## Más Cajal

El 29 de octubre de 1906 las ediciones de la tarde de algunos periódicos informaron en España de la concesión del Premio Nobel de Medicina a Santiago Ramón y Cajal. Entre los primeros que acudieron a su domicilio a felicitarlo estaba el otro Premio Nobel español de entonces, José Echegaray, que lo había obtenido dos años antes. Eran nada menos que colegas de Nobel. Echegaray, ingeniero de Caminos, gran matemático (a decir de Rey Pastor), notable economista, había sido ministro de Hacienda en dos ocasiones, en 1874 y el año anterior, 1905. Sin embargo, fue Premio en Literatura, pues, además de construir puentes y vías férreas, desentrañar teoremas y reformar la peseta, había escrito más de 50 obras de teatro. Echegaray era buen amigo de Cajal, que había contribuido a su homenaje el año anterior con un discurso de elogio en el Ateneo.

Cajal explicó unos días después en una entrevista en HERALDO DE ARAGÓN una parte muy humana de la conversación, con un leve dejo de decepción. Echegaray (que también compartió el Nobel) le contó que a él las coronas suecas se le habían transformado en 26.000 duros, pero que a Cajal solo le iban a corresponder «unos 22.000», porque la peseta se estaba revalorizando, tras recuperarse del desastre del 98. Con ellos, dijo más adelante Silveria Fañanás, su esposa, compraron la casa de la calle de Alfonso XII donde vivieron después y que debió haberse convertido de forma natural en museo.

*José María Serrano Sanz es miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y catedrático de Economía en la Universidad de Zaragoza*

CON DNI

Julio José Ordovás

## Ratones blancos

La primera novela 'seria' que me compré, con mi dinero, fue 'Tiempo de silencio'. Había acudido a Zaragoza con mi padre para hacer algún tipo de gestión. Hacer la gestión y alguna compra nos llevaba poco rato; el resto del tiempo, hasta que regresáramos al pueblo, lo pasábamos de bar en bar.

Cuando mi padre no encontraba aparcamiento, dejaba el coche en doble fila, se metía en un bar y yo me quedaba al cuidado del coche. Mi padre podía tardar, tranquilamente, más de una hora en volver del bar, tiempo que yo aprovechaba para merodear por los alrededores sin perder el coche de vista. Aquel día tuve la suerte de que mi padre aparcara junto a una librería y, en cuanto él cruzó la puerta del bar, yo salí del coche, entré en la li-

brería y me compré la novela de Luis Martín-Santos atraído, seguramente, por los ratones blancos de la cubierta de Seix-Barral.

Tendría entonces no más de trece años y no estaba preparado para leer una novela tan 'seria' como aquella, pero hay en ella una línea que no he podido quitármela de la cabeza desde que la leí entonces: «Un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre».

Tiene razón Luis Martín-Santos cuando escribe que «un hombre y una ciudad tienen relaciones que no se explican por las personas a las que el hombre ama, ni por las personas a las que el hombre hace sufrir, ni por las personas a las que el hombre explota». Pero no estoy de acuerdo con él cuando dice que un hombre puede sufrir o morir pero no puede perderse en una ciudad. Yo me he perdido muchas veces en Zaragoza.